

Relatos del Colegio Menéndez Pelayo de Santander

Histories from the Colegio Menéndez Pelayo de Santander

José Luis Arenal Caso¹

Desde mi pupitre

Hoy he vuelto a sentarme en el pupitre de la clase de Sexto. He abierto la “enciclopedia por excelencia” (de un tal Álvarez) y me he perdido entre sus páginas. He acariciado la madera y las bisagras de esa tapa bajo la que escondimos -muchos- no pocos de los más tiernos pasajes de nuestro libro vital. Y, sin querer, he vuelto a chocar con el codo de Jesús, y a derramar sangre azul del tintero de casco sobre su madera policroma donde un tal Joaquín separó con una gran “X” su nombre y el de Pili, alumna del Calvo Sotelo. Y, aunque mi cuerpo se resiste a entrar sin hacerle daño al pico del mueble, él parecía querer acogerme como lo hizo en su tiempo. Abrí su cajón y sentí, de nuevo, el olor a goma, y casi me llevo a la boca el sabor de la recién comprada novedad que de medio hacia atrás era para borrar tinta (¡ahí es nada...!) y de medio adelante, exterminio del carbón.

El edificio del Menéndez Pelayo continúa pareciéndome una enorme gallina acurrucada en el nido, con las alas abultadas, y, bajo ellas, todo un hervor de polluelos que pían sin cesar, recitan las tablas de multiplicar o repiten incansables el deseo, agazapado en un subjuntivo, del verbo amar. A ratos, el enorme animal contempla los juegos y carreras alegres de los alumnos: desde los “parvulitos” de pantalones cortitos hasta los “mayorzotes” que usábamos pantalones largos, ¡como los hombres!... Todo ello bajo la atenta mirada de esos ojos nerviosos que son ventanas en la torre vigía que es su cabeza.

Las doce del mediodía sonaron con su voz de timbre fuerte, mandón... regocijándose en las prisas de los estudiantes que recogíamos con cierto orden de formación y algún que otro empujón, como pago primero de cuenta pendiente por la patada del recreo. ¡Ah...!, y el gol anulado entre los dos postes de quita y pon contra los que más de uno tatuó su frente en colores dolorosos que pasaron de rojo a morado; luego a negro fúnebre que permanecía algunos días; más tarde, mudaba en verde macilento y, finalmente, al amarillo pobre que desaparecía por gracia y ventura del tiempo. ¡No

¹ Página web de José Luis Arenal caso: (www.pepecielo.es)

os matáis de milagro...!, repetía, una y otra vez, el bueno de Arturo: “el guardián”, apenas cuarentón, de aspecto cuidado y bigote crespo, que lucía por las tardes como portero en el Cine Coliseum, con su traje verde de levita y ornamento de tiras doradas y gorra a juego. ¡Qué distinto de aquel que por las mañanas cubría su ropa “de paisano” con una simple bata de mahón!

Todos los días había milagros -y muchos- en el colegio: casi siempre se arreglaban con el raquítico botiquín en donde la “micromina” (“mercurio rojo” nos sonaba mejor) se imponía por color y festoneaba la herida al viento; o se escondía, apenas, bajo el “*espalatrapo*” que luego sustituyeron por las finas y recortaditas tiritas para rasguños, sin importancia, impropias de un guerrero. Y eran, el uno y las otras, medallas de combate, o bien testigo de accidente que debieran merecer, a la vuelta a casa, algún mimo: ¡Claro..., el que no recibía más para evitar el próximo envite! “La vendetta” -que en nuestra lengua patrio-infantil se traducía por: “*¡Te la has cargao... como te pille!*”- había de seguir en la fila de a dos que avanzaba por el pasillo. Completamos el cuadro con cara de “*enfurruscao*”, la promesa de males mayores; bien en propias carnes, bien en las libretas que, con cierto celo, dormitaban, una sobre otra, junto a la Enciclopedia, a la espera de las tres de la tarde. Y así era: ¿Quién me ha “*pintorrojeao*” la libreta de mates? La pregunta llevaba en sí su respuesta y el juramento de venganza.

Un viento desagradable acarrea gotas de agua, gordas como lagrimones, que traía desde las montañas, y las dejaba caer todas juntas sobre el patio, enfangándolo con la mala intención de que, si otro viento no se las llevaba, el partidazo de Sexto contra Quinto -final de finales- continuaría a la espera de revancha. Pero lo mejor era, en esos contratiempos, acurrucarse al calor del pupitre de madera, que se encerraba sobre sí mismo, y parecía formar un mismo cuerpo, y dar calor a los alumnos, pendientes del arranque de la clase de Ciencias que don Octavio bordaba con el deleite de su pasión.

Hablaremos del lobo

“*Pues, sí. Hoy, hablaremos del lobo, su vida en la Cordillera Cantábrica, y de su relación con los hombres*”. Lo bueno de la lección era que aquel hombre bonachón que rascaba los cuatro pelos que le flotaban en el cráneo como yerbajos sobre tierra yerma, peinados por la brisa, enfatizaba: “*hablaremos*”, cuando quien no paraba de hablar, para nuestro deleite, era él. Dibujó, con poco magisterio, unas curvas que subían lentas y bajaban “a toda leche”, y se mezclaban unas con otras en un sinfín de cumbres y valles. “¡Aquí...; aquí es donde el lobo tiene su hábitat!”, remataba al girarse, como torero que redondea una chicuelina cara al tendido de pupitres: No se oía una mosca... “¡Pues, miren -continuaba entusiasmado-: esta es la Cantábrica...! Cordillera con sus sierras, y entre estas, los valles. En otro momento hablaremos de la Cordillera Central, de la Bética, la Penibética..., las que hagan falta... Ahora, sigamos con los hábitats tan generosos que ustedes tienen a orillas del Mar Cantábrico”. En ese momento, la satisfacción del maestro se rubricaba con una espumilla que aparecía en ambas comisuras, y él emprendía la ascensión al monte “equis”, y se cansaba describiendo especies arbóreas, arbustos y hierbas medicinales y venenosas. “Aquí, en

las praderas altas, en torno a los invernales, refugio de ganados, y los bosques de robles, castaños y avellanales, es donde se mueve el lobo con el señorío y pericia de un conquistador” (apunten “pericia”, chicos). “¡Escuchen!... -continuaba, hechizándonos mientras lo seguíamos con los ojos, imitando el acecho de la fiera-: Por ahí viene una cierva con el cervatillo que brinca como un gimnasta... ¿Lo ven..., chicos?, ¿los ven...? La madre tiene la pata delantera derecha “floja”, y se duele al apoyar; esa es la presa a quien sigue la joven manada de lobos con el macho jefe a la cabeza. ¿Lo ven...? ¡Ahí está el alimento...!” Todos pusimos cara de pena y fastidio..., y odiamos al lobo por cruel..., mientras la jauría clavaba sus fauces en la indefensa madre que, presa por el cuello, veía cómo su hijo saltaba unos carrascos y se alejaba. “Dicen que estos animales lloran; pero, mientras aquellas fieras mandíbulas le desgarraban el vientre, sus ojos brillaron con chispas de alegría al ver cómo su cría ganaba la libertad. ¡Aprendamos, pues, hasta qué punto una madre entrega la vida por su cría! ¿Entienden, chicos...?”.

Y prosiguió: “Cuando el invierno llena las cumbres de nieve, y todas las sierras de la cordillera asemejan sábanas blanquísimas arrugadas y cogidas en picos, los lobos tienen que descender, primero al curso medio de la montaña y luego a los valles”. “Aquí -punteaba una X tras la loma que era curva de tiza. Ahora, en esta zona, en el curso bajo de los ríos; en los llanos de los valles (pintarrajeó algo parecido a una cabeza gorda con mil patas que llamó bosque); aquí, amigos míos, es donde se encuentra, en las invernadas, una de las fuentes de alimentos de estos perros de mirada única. En el bosque, corzos, ciervos... En las proximidades, pastando en las fincas, ovejas, yeguas y vacas también son posibles presas. Pero, observad: ¡Primero los débiles, flacos y enfermos... ¡Así es!... ¿Entienden, chicos...?”.

Don Octavio incansable, en verdadera hemorragia de datos, depositados con mimo en las retinas (sí, en las retinas que grababan las escenas) de cada uno de aquellas dos decenas de alumnos, continuaba: “¡Y usted, José Luis, ¿ha visto alguna vez un lobo...?”.

“¿Yo...?, ¿yo...? -la pregunta me cogió embobado-. ¡Ah!, ¡pues..., sí señor! En el pueblo, yo tenía uno que en primavera se marchaba a zanganear por los montes con su familia. Luego volvía “*derrangau*”, de peleas con los “*jabalines*”. Se llamaba Chan y murió de pie contra un “*moriu*”, en un huerto.”

La clase estalló -no sé si por los palabros, o por la historia- en una carcajada estrangulada por aquel gesto del maestro que, cual director de orquesta, cierra brusco el pasaje a causa de un “sostenido” que salió volando. Esto dio paso a que él nos explicase los mestizajes entre lobos y perros. Y nos habló de la existencia de perros lobos que son hijos del matrimonio de los domésticos con los salvajes en sus correrías por los montes. “Al año siguiente, la madre y los hijos volvieron a buscarle” -rematé.

“Ya, pero yo me refiero a los que no vuelven porque nadie los quiere. Esos se asilvestran, y se ven obligados a cazar en la misma forma que los otros”. Don Octavio, aliviado por un poco de agua, aleccionó sobre la responsabilidad de quienes abandonan sus mascotas cuando llegan a cierta edad, enferman o se les hacen incómodas.

Las reflexiones del maestro continuaron con ejemplos que hubieran sido miles, si no toca la famosa campana que, ahora, grita: ¡se acabó por hoy, chicos! Las dos horas se escurrieron por el filtro del tiempo... y todos lo sentimos. ¡Jo!... ¡Con lo bonito que era...!

Al fin de la clase, el buen hombre, que reconoció en el cruce de nuestras miradas murmullos de batalla -asunto patada y libreta-, se acercó al otro (me callaré su nombre de guerra por los olores...) y me llamó. Colocó sus manos sobre nuestros hombros, nos miró de frente y preguntó: “¿os merecerá la pena...?” Bajamos la vista y, de reojo, nos miramos, al tiempo que con la cabeza negamos. “Daos la mano, ahora... Cuando lo penséis bien, me lo decís, y podemos montar un cuadrilátero de boxeo para que todos vean que sois estúpidos.”

Yo me sorprendí, otra vez, ante los poderes de aquel hombre que con una sola mirada nos leía los pensamientos, y me zambullí en un lago de buenos deseos, un tanto avergonzado: “¡Pues, ya no le atizo...! No ha sido para tanto; solo sangro un poco...” “¡Ah! -añadió mientras salíamos los últimos de la fila-, el cuadrilátero tendrá 273 centímetros de lado. Quiero, mañana, la diagonal, con tres decimales” -remató-. “¡Y añadimos, si sois capaces, la superficie de la circunferencia del mismo radio!” (El muy pícaro nos coló el dato para ver si caíamos en la trampa entre circunferencia y círculo). Y descendió las escaleras en medio de las filas de alumnos de los distintos cursos que formábamos el coro, dispuestos a cantar “De Isabel y Fernando...” Don Octavio, bandera de su querida Valencia, quedó inserto como limonero entre naranjos, en la fila de los maestros; no movía los labios, y sus manos retorcían el cuerpo resobado de la boina que había sesteado en el bolsillo del viejo abrigo azul marino. ¡Ah; no hubo combate..., pero caímos en la trampa!

Arte y poesía en el aula

Era hombre humilde de cuerpo y alma limpia, para los capaces de mirar y ver en el interior de aquellos versos que dibujaba en la pizarra con el cuidado de quien honra la pluma de Lope, y refugia su humildad en la alabanza de Calderón; o husmea buscando sentimientos en las rimas perfectas de Bécquer. Y, don Proto González: poeta, maestro, pintor, artista..., comenzó aquella tarde frente a la pizarra, explicándose con dos rectas, sobre “*el suelo*”; como vías de tren que se chocaban en la distancia: allá, muy lejos. Hizo lo mismo, ahora punteando líneas de superior derecha e izquierda al horizonte: por donde se escapa la luz; donde el aire se montó sobre la lejana vía; ambos en el hipotético cielo que se llenaba con nube de tiza. A continuación, sembró árboles que crecían y engordaban a medida que se acercaron. Así, formó entre ellos un camino que, después, con el borrador que antes dejó nubes azuladas, echó, manchando en tiza marrón y después verde, tierra de labranza a un sitio y otro, y peinó unos matorrales; los otros -los más próximos-, quedaron maltratados por el viento. Sobre el cielo aparecieron unas aves blancas que nos dejó inventar... Luego, preguntó qué creíamos que le faltaba a aquel paisaje. Unos respondieron que un caballo; otros, que una vaca; los más echaron en falta un perro, grande y fuerte; y los del fondo nos decidimos por las montañas. “¡Habéis acertado todos!”, respondió satisfecho. “¡Todo debe estar! ¿No os parece que podríamos dibujar, además, alguna casa...?” “¡Sí, don Proto, un pueblo

como el mío, con escuela junto a la iglesia!” -solté yo, apoyado por Paquito Ahedo, un tipo simpático que me secundaba con cierto sentido de hermandad. “De acuerdo... ¡No sé si nos dará tiempo a construir tanto pueblo...!”

Los no menos de cuarenta alumnos, pertenecientes a dos clases, a quienes regalaba aquella lección magistral, rabiábamos por ver cómo terminaba el cuadro de la pizarra... Y, entonces, comenzó la comezón y la picazón. “¿Quién me puede dibujar -donde crea que deben estar-, unas montañas? ¿Y el perro, y la escuela y la iglesia...?” Todos rascamos la cabeza como atacados por un enjambre. Rascamos, también, la frente, una y otra vez. Nadie se arrancaba. “¡Tú, Amadeo...!” coreamos varios, sabedores de las buenas artes de nuestro amigo alopécico que hacía maravillas con los cómics. El tal Amadeo, se arrancó y, ayudado por un silencio casi trapense, dibujó, pasando por detrás de los árboles, unas montañas: unas lejanas, más pequeñas; otras iban creciendo cuanto más se acercaban. Y las retorció..., y por aquí las bañaba el sol; pero, por allá atrás, había sombras.

De golpe, aquel cuerpo menudo pareció enfurecerse, y, con la tiza marrón en una mano y la azul y la roja, en la otra, comenzó a garabatear y mezclar colores y rayajos, fundiéndolos, más o menos, con el meñique derecho. Y, a veces, daba toques suaves, con cariño y miedo a dañarlo todo. Después, otro ataque de verde, y, finalmente, leves mordiscos amarillos sobre estos. Picoteó con fuerza creando tramos de troncos, ya aparentes, y unas ramas que parecían flotar en el aire, fuera de la pizarra.

Dudo, amigo lector, posible “dueño” del pupitre de nuestros sesenta, que puedan mis figuras y pobres comparanzas acertar con el primor y calidad de aquella “vocación de cuatro tizas de colores” -caja reservada para las ocasiones festivas-; y la imaginación de hombres y mujeres -mujeres y hombres- capaces de dibujar el ruido de las trincheras, y recitar el hambre en quintillas; porque los sonetos son demasiado largos. De lo que no dudo, generoso escrutador de mundos pasados, es que los nombrados como Isa, Javier, Joaquín, Julianín, Amadeo... y este pobre escritor guardaron en el zurrón de su memoria la enseñanza de este prototipo único.

Pero aquella tarde de viernes que se remataba a pie de escalera con el rezo del rosario, y el correspondiente “Cara al Sol...”, tuvo un hueco para que el ilustre maestro explicase las razones geométricas, y los teoremas que intervenían con toda su magia, escondida tras las proporciones, los tamaños..., formas, colores, grosores, y frescuras de las ropas que bailaban colgadas en la solana del pueblo, corazón de aquella naturaleza; dueño de hombres, mujeres y niños...; de animales, plantas, y hasta del aire en que dibujaba con los humos de sus chimeneas que eran como narices del cuerpo dentro del que vencíamos al frío con el calor del hogar, con la trébede y su caldero del que escapan vapores de pino y eucalipto.

Y, cuando alguien no entendía un “por qué”, los ojos vivarachos de don Proto asomaban por encima de las gafas auscultando tu cabeza, acaso distraída. Entonces se arrancaba, y sobre la rama que se quería caer de la pizarra pintaba un pajarito, que por sus colores parecía jilguero. Acto seguido, con media sonrisa frailesca, nos dijo: “Copien dos versos que forman estrofa simple, y se llama pareado”:

*Yo vi, sobre un tomillo,
quejarse a un pajarillo.*

“¿Alguien sería capaz de hacerme el regalo de otro pareado, parecido a este de cuyo autor les hablaré en su momento?”

“Sí, yo -respondió alguien que hoy, diez lustros después, continúa escribiendo estrofas y otros tipos de literaturas-”:

*Yo vi, sobre un camión,
quejarse a un tiburón.*

... ¡Y me quedé tan tranquilo!

Las carcajadas arrancadas por Chuchi siguieron a coro, e hicieron que todo el colegio envidiase nuestra divertida clase. El pobre maestro tampoco pudo reprimirse y nos dejó desahogar hasta que en la puerta sonaron los nudillos que llamaban al orden: era don Pedro, director del centro y concejal de la corporación santanderina; gallo de apellido, y pico de oro en cada nudo de sus “falanges”.

Proto González, parco en palabras, recogido y meditabundo, caminaba despacio como arrullando a las musas que descansaban en la cueva de su imaginación galdosiana. Ya en el séptimo decenio, conmovía su pasión por la enseñanza e invitaba a seguir su camino. Por ello, es orgullo que alimenta nuestro ego, pintar en palabras sus paisajes, y retratar los versos de aquel librito, pulcro y recogido como él, que no pudo regalarnos. Pero, sí nos donó su esencia de poeta que está hecha de sentimientos y agradecimientos.

Medio siglo de magisterio

Don Fermín era cojo, con la cabezota gorda, gafas de “culo botella” cuyos brazos colgaban de sus orejas grandotas con lóbulos enormes que, por su peso, se alargaban. El hombre achinaba los ojos al acercarse y, tras lo que parecían círculos concéntricos de cristal, aparecieron las pupilas dulces de un anciano. Los alumnos sabían que el maestro necesitaba de su buena siesta, y nadie osaba entorpecer aquel descanso que reposaba la oreja derecha sobre la palma de la mano hermana y maltrataba la patilla que movía las gafas hasta conseguir postura de cómico vencido por el hambre a la puerta del circo de la vida. Entre tanto, concentrados, los chicos rellenaban la hoja de cálculo sumando millares y restando centenares, o bien dividiendo después de haber sumado. Un leve ronquido, corona de siseos y leves silbos, despertaba al maestro que aprovechaba para colocarse la pierna mala. Como quiera que el bueno de don Fermín tenía la pierna derecha mucho más corta que la otra, y subido el pie sobre un calzo de corcho que era su zapato, acompasaba el paso al de la cachaba que apoyaba en la cadera. Sus setenta inviernos envueltos en ropas, a tres cuartos de uso, recordaban el recogimiento de los hombres pobres y sabios, y su actitud para con los alumnos le granjeaba el cariño de muchos.

Tenía a su cargo los pupilos de Tercer Grado, que eran quienes llaneaban por los campos de la escritura sencilla, y, a base de dictados y usos de “haches” y “uves”, componían “en itálicas” palabras como “huevo”. De paso, recordaba, ayudado por el cántico de los alumnos, que: antes de “p” y “b”, siempre “m”. Don Fermín lanzaba cada día una enseñanza, vestida de ley para la ortografía. Lo mismo hacía con las “matracas”, que a los chicos forjaban como multiplicadores y divisores. ¡Ay, cómo gustaban de aplicar la regla del nueve que tenía algo de misteriosa! Después de dominar el paso, ya estaban dispuestos para afrontar, con éxito, los débiles “quebraduchos”, inventados para repartirse la cosa. “Estos son partes de un queso que llamaremos “unidad”, gajos de una naranja...; o, quizá, tantos que son más de una unidad. Y tienen cada cual su nombre: Si son siete las partes: “séptimos”; si cinco: “quintos” -como los jóvenes que van a la mili-; si diez: “décimos”, como los de la lotería; si dos: “medios”, como los iguales... ¡Y así...!” El experto maestro era ocurrente, y su galería de recursos hacía que los chicos apreciaran las clases como distraídas.

También se encargaba de enseñar a los chicos modos y maneras de comportamiento, en público o privado -la olvidada Urbanidad-, y los deberes de todos los españoles para con su Patria, “madre bondadosa que nos protege y alimenta”. Y demostraba que la buena convivencia era la mejor forma de conseguir la paz en las gentes -si necesaria era siempre, más se hacía a finales de los sesenta, en que los vientos traían ritmos extranjeros, y las ramas del árbol querían bailar otras danzas-. Entonces, él se extendía en ejemplos de convivencia natural entre bosques y praderas de toda nuestra geografía. El mismo paraje compartían el castaño y el roble; y las hierbas, simples alimentos, con las florecillas que en primavera vienen a adornar y a alegran el monótono verde que, en un rincón es hiel, y, a campo abierto, símbolo de esperanza.

¡No se nos olvide algo muy importante: siempre llevaba el bolso de la chaquetona de paño preñado de caramelos que veían la luz por respuesta acertada!

Matemática práctica

Los de Quinto eran muy chulos. Aunque él lo disimulaba, se sabían los preferidos del director -decíamos todos-. Su maestro, don Generoso, un hombre en torno a los cincuenta -el más joven de la hornada- que lucía vestimenta de mejor calidad que los demás. Aquellas gafas impolutas marcaban hito en estilo y apariencia, y recibían la caricia del pañuelo exclusivo, cada poco. Era metódico como hombre de buen despacho, manos que se dijeran “de manicura”; blancas como cera de calidad..., y su pelo engominado brillaba en la negrura cubriéndose de rayos de plata. Bajo la bata gris -era el único que la usaba- aparecían unos puños, diría que almidonados, lucidos por sendos “gemelos” que brillaban como sol de canícula: un “dandi”. El nudo de la corbata se asomaba perfecto, reclamando su sitio; nada tenía que ver con el desharrapado de otros. Ni que decir tiene que su cara rasurada, que no lampiña, no dejaba ver el más mínimo atisbo de pelo alguno. Por su empaque, era el perfecto candidato a suceder en la dirección del Centro. Creo que así fue.

Este don Generoso era hombre de buena matemática y le encantaba, especialmente, la geometría. El teorema de Pitágoras con su ejemplo de la escalera apoyada en la pared, era punto de partida para jugar y construir triángulos que luego reproducía y situaba de otras maneras hasta que generaba las dichosas pirámides de Egipto; con sus caras, hijas de dos triángulos rectángulos, y la bisectriz..., y las alturas, y el secreto “pi”. Pero nada de eso estaba completo si no recorría unas cuantas figuras más, que tenían como gran secreto al imprescindible triángulo; padre de casi todo lo que pudiéramos encontrar, tanto en medidas de paredes como en la capacidad de un depósito... Y esto lo aderezaba con decimales, y quebrados y otros que llamaba “mixtos”.

Como en todos los templos del saber, siempre hay alguna imaginación al borde de la pubertad con ocurrencias nacidas para ponerle condimento al momento que lo requiere. Por supuesto, en Quinto Curso también. Aquella tarde de diciembre se propuso que los alumnos calculasen el número de rollos de cinco metros que habríamos de comprar, considerando una anchura de sesenta centímetros..., y su coste al precio de treinta pesetas rollo, ¡Y las medidas estaban, acurrucadas a la espera de que las descubriésemos, en un follón de figuras geométricas! Se trataba de una buhardilla con sus imprescindibles vigas, gateras, rincones y... ¡Pues, erre que erre con empapelarlo!... ¡Y gastarnos...! ¿Cuánto?

- ¿Y por qué no lo pintamos de blanco matón, que es más barato y desinfecta... y nos dejamos de complicaciones? -preguntó Paquito, verdadero pozo de ocurrencias.

- Por razones varias -contestó el maestro-: Porque a mí me gusta el papel de flores, que adorna mucho. Después, porque las paredes próximas al tejado absorben más pintura y son más irregulares. Y porque ustedes son unos zopencos que no sabrían calcularme el número de litros que necesitamos para cubrir la superficie. ¡Y porque se mancharían enteros y habría que sumar el precio de la limpieza! ¿Está claro?... ¡Pues, eso! Pero, ahora que lo dice: ¿y si lo pintamos primero, a quince pesetas la bolsa de diez kilos?, sabiendo que la bolsa cubre treinta metros cuadrados? Así, saneamos y empapelamos al tiempo.

- ¡Paco: listo...! -respondimos todos.

La verdad es que, envueltas en su aparente seriedad, guardaba las más aquilatadas contestaciones dentro de sonrisas, muy agradables; y eran evidentes, también, cuando, a resultas de sus explicaciones, claras y concisas, los alumnos le correspondían con la respuesta perfecta. A nadie caía indiferente su medida generosidad: por antipático, en unos casos -los que hubiera corregido con gesto adusto-; por claro, en otros; por su “ir al grano”, al ritmo de adultos. No olvidemos que los de Quinto soñaban con llegar a Sexto por ser “los mayores”; y los de allí, con doctorarse en Certificado de Estudios Primarios, y coger nuevo rumbo en la vida: la mayoría en trabajos que ya estaban marcados; los menos, en continuar estudiando a la sombra de alguna beca, oficial u oficiosa.

Vamos, ahora, con la cabeza de la construcción de ave gigante que dentro de sí guardaba el teatro, la clase de música, y -nada despreciable- la cocina, donde se preparaba la ración de leche que se

repartía a la hora del recreo. Primero, fue en vasos que se llenaban con el cacillo enorme que buceaba en una perola gigante donde se fundieron en uno el agua y los polvos y bolas de aquellos sacos a los que, cuando permanecían abiertos y arrinconados, robábamos “un puñao”. De ahí nos venía un ramillete de estornudos; y la pasta, pegajosa e indigerible, salía disparada al aire entre rojejes de glotonería. Después vinieron los botellines; de a tercio y con piel gorda, que pesaban más que el contenido. Y, tras el festín, una sorpresa agradable: “Televisión Escolar”. Todo un acontecimiento que llenaba a los topes el aula de Quinto ante la única televisión del centro -por supuesto, en blanco y negro-, y un tal Félix -Rodríguez de la Fuente- “el Amigo de los Animales”, nos lo hacía pasar pipa con la fauna salvaje del territorio nacional. Su voz engolada amasaba palabras que estallaban desde los papos inflados, y descargaban en adjetivos enfáticos que eran flechas al corazón y la memoria de aquella “troupe” de atontados que, insensibles al paso del tiempo, forzábamos los párpados; y los globos, que son los ojos, querían salirse y volar por encima de las montañas, al lado del águila imperial. Eso era una mañana bien utilizada; y la tarde libre..., porque así eran los jueves, más conocidos como “el día de las marmotas”, aquellas jóvenes que habían bajado de los pueblos a servir a casa de alguna familia “de posibles”, y rango. Estas la dedicaban a pasear y, acaso, “*noviear*”, algo habitual. Y, por supuesto, Joaquín, el de la “X” en el pupitre, rondaba los jardines en busca de su Pili, la del colegio de Peña Herbosa.

La década de los sesenta representó, sin duda, un punto de inflexión en la nación “Una, Grande y Libre”. Por supuesto, también en la Cantabria, nombrada “La Montaña”, y en Santander -Puerto de Castilla y Ciudad de Verano-. A la puerta de entrada de este decenio, se despedían del “Valle de Lágrimas” personajes como El Zurdo de Bielva, después de un certero emboque a la mano, en las mismas puertas del cielo. También nos dejó su última rima Jesús Cancio, el poeta comillano que pasó de represaliado a “doctor en el arte del decir”. ¡Así son las cosas...! El Racing volvía a ascender a Primera División (iban tres...). “Cómo debe ser”, sentenció don Generoso en el corrillo en el que, poco antes de las navidades del sesenta y varios, hablaban de milagros. “La Virgen se ha aparecido en Garabandal”, en un altillo con unos pinos que hay arriba del pueblo, dijo alguien. Sería mejor decir: “dicen que se ha aparecido”, puntualizó don Octavio. “Por cierto: ¿dónde está eso...?”

A medida que avanzaba, fueron tiempos de cambios en fase de gestación. Junto a la imprescindible catequesis, se empezó a escuchar algo de un “Vaticano II”, y del ya difunto Juan XXIII, que era un papa gordito con cara de abuelillo cariñoso y que quería “ir cambiando las cosas dentro de la Iglesia”. Pero en España privaba lo de los niños prodigio, y en la radio corrían los doce cascabeles repicando alegría de vivir. Joselito y Marisol eclipsaban cualquier fatalidad y aminoraron en mucho la hégira de españoles hacia Alemania. A cambio, la costa Mediterránea se llenaba de turistas.

Aquel día, en clase, el bueno de don Octavio nos explicó un latinajo que empezaba por “Nihil novum...”. Y, encima, añadía que el ciclo vital se repite cada equis tiempo, y que veríamos, en un futuro, cosas y situaciones casi calcadas. ¡Tenía guasa...! Al hilo del dicho raro -repitió el “novum...”, aprovechó para volver a explicar la diferencia entre la fricativa “v” de su tierra y la

labial “b” de la castellana Burgos. Solo los valencianos sabían matizar ese detalle. Todo era como se lo enseñó un pariente suyo, valenciano de La Albufera, que se llamaba Tonet.

No podría terminarse, en justicia, este revuelto de sensaciones, sin bocetar la figura de don Antonio Martín Lanuza, cura inteligente y guasón con cara de centurión romano, y narizota gorda que orientaba como para olfatear pensamientos. *Considerado de estatura*, lucía osamenta “*descudrada*”, cubierta por la sotana que le bailaba sin comedimiento. Las catequesis las vestía siempre de concurso, y el premio, chocolatinas Crunch -de la tal Nestlé-; nada de vulgares chocolates. Sus manos enormes se abrían y aparecía un escaparate de tabletillas a escoger. ¡Lo demás sobra!

¡Dije, amigos, que eran gentes de vocación!